

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y Administración: Cadena, 39, 2.º, 1.ª

Paquete de 30 ejemplares 1'00 peseta
Suscripción: España un trimestre. 1'00 »
" Extranjero " 1'50 »

En día de elecciones

Escribimos entre el estruendo de la lucha. Desde antes de amanecer aturde el ruido de motocicletos y bocinas de autos y bicicletas. En este día, por excepción, tienen trabajo y madrugan caciques y candidatos.

A los votaderos acuden a primera hora interventores y votantes recalitrantes a cumplir lo que ampulosamente llaman su deber de ciudadanos, bajo la salvadora vigilancia de municipales, urbanos y guindillas de todas clases.

A la puerta de cada recipiente de votos, como estigma de la injusticia social de los siglos, se ven unos asalariados que reparten candidaturas y ostentan cada uno un cartelón elevado sobre un palo con los nombres de los candidatos a quienes sirven.

Allí se ve, amparada por autoridades de tres pesetas, la *Igualdad ante la Ley*, representada por ciudadanos de todas categorías que pasan insolentes y desdenosos ante la *Desigualdad Económica*, que personifican aquellos pobres *unemployed*, que en este día tienen comida segura, pagada por los caciques de la derecha, de la izquierda o los radicales.

En aquellos locales, en su mayoría escuelas públicas convertidas en colegios electorales, donde se prepara diariamente a la infancia para el acatamiento al derecho de accesión, que es en la Edad Moderna como el equivalente del derecho de pernada de la Edad Media, se presentan muchos trabajadores a dar prueba de la educación y de la instrucción recibida nombrando a los que han de retenerles sumisos en el trabajo asalariado.

Terminamos este escrito sin saber quien resultará victorioso en la gran lucha de este día memorable; pero sabemos de antemano que será vencido el elector, el cuarto estado, y no digamos el repartidor de candidaturas, representación de más baja categoría, del quinto estado.

Aunque se aparente que la lucha es de partidos y de ideas, ya sabe todo el que no tiene el entendimiento entorpecido por el electorismo que se lucha exclusivamente por los hombres que van a su negocio, y que, mientras generaciones y generaciones de votantes, si el progreso y el proletariado anarquista lo permitieran, continuarían *per secula seculorum* esperando la breva del buen gobierno, los candidatos derrotados hoy serán elegidos en las primeras elecciones que se presenten, que no tardarán en presentarse, cuando el encasillado ministerial y el de la oposición corra a cargo de otros encasilladores; porque los candidatos, profesionales de la política o políticos de oficio,—que como todo el mundo sabe son lo peor de cada casa burguesa y de alguna proletaria,—son necesarios para la burocracia, la charlocracia y la cracia á secas, funciones que no pueden ser desempeñadas por hombres ilustrados y rectos a quienes repugne la ficción, la injusticia y el ejercicio de la tiranía.

Mercedos se tienen el fracaso los electores obreros, a quienes la experiencia nada enseña; desgraciados a quienes la retórica candidatoril líquida el cerebro, afloja los nervios y excita el entusiasmo hasta reducirlos al estado de pasta útil solamente para amasarse en las masas de los partidos.

Repitámoslo una vez más: dispúntese los burgueses el predominio de sus candidatos para satisfacción de sus intereses, de sus ambiciones y de sus preocupaciones, así lo requiere su condición de desiguales, de absorbentes, de dominadores; pero comprendan los trabajadores que para su actividad, su energía, su pasión y sus legítimos ideales no queda margen en el parlamentarismo.

Los desheredados del patrimonio universal nada tenemos que escoger, que reformar ni que esperar bajo el régimen de la apropiación individual de la tierra y de los medios de producir, con su complemento el derecho de accesión, que nos despoja del fruto de nuestro trabajo.

Todo lo que no sea dirigirse sin rodeos a la participación de todos en la riqueza social, que legítima y racionalmente nos corresponde, y a la anulación de todo privilegio, que afronta y arruina a la humanidad, no puede satisfacerlos.

Abona nuestra aspiración la misma manifiestación burguesa de principios contenida en la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano, y basándonos en ella, vamos a la realización de la reciprocidad de derechos y deberes proclamada por La Internacional.

manifiestación burguesa de principios contenida en la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano, y basándonos en ella, vamos a la realización de la reciprocidad de derechos y deberes proclamada por La Internacional.

EL 1.º DE MAYO

Por impulso irresistible, todo partido gubernamental, todo partido que se orzane para la posesión del poder, tenderá a descansar en un programa mínimo y agotará pronto sus ideales.

RAF. ALTAMIRA
España en América, p. 342.

El primero de Mayo ha transcurrido este año en España sin ningún incidente desagradable para la burguesía. Esta está y puede estar satisfecha. Las multitudes obreras han demostrado su absoluta carencia de sentido revolucionario. Son aún demasiado multitud, masa, rebaño, para que puedan inspirar pavor a la burguesía intelectual. En cuanto a la burguesía analfabeta que, según el dicho de un orador socialista: «es un imbecil, porque se asusta de ver como los obreros se divierten», creo realmente que es tonta. Pero también creo que tanto la multitud obrera como la multitud burguesa están a una igual altura de imbecilidad. Ambas son materia a propósito para ser explotadas por las pequeñas minorías—caudillo ó élite de partido—que poseen el sentido gubernamental conductor de rebaños. Mucho ha de costarnos a los anarquistas poder transformar este gregarismo de las multitudes en individualidades conscientes.

A través de todas las predicaciones revolucionarias, a partir del primer primero de mayo, resurge y se impone la rutina y el atavismo con una monotonía, con un automatismo desesperante. Nada dice, a mi reflexión, toda la palabrería de esta fecha. Lo sintomático, para mí, es esto que extracto de la prensa:

- Madrid.—Grupos de obreros con los respectivos estandartes de las agrupaciones.
- Bilbao.—Formaban la manifestación *veinte banderas, la banda municipal*, varias rondallas y *romería* a Campo Barcuso.
- Valencia.—Los obreros se dirigieron con *ocho banderas* al Gobierno civil.
- Valladolid.—Manifestación precedida de *banderas*.
- Reus.—Manifestación con todas las sociedades, ostentando los *estandartes y banda de música*.
- Palma de Mallorca.—Manifestación con *música, banderas y una carroza alegórica del trabajo*.
- Tortosa.—Sociedades obreras con *carro alegórico y banda de Santa Cecilia*.
- Londres.—Cortejo con *varias banderas y músicas*.

Es decir, lo infantil, lo primitivo, lo que distrae la vista y lo que aturde el oído. Con este mismo fetichismo del oriflama y estos acordes musicales, el catolicismo cautivo y retiene a la multitud; con parecidas banderas y acordes bélicos. Napoleón llevó las multitudes al combate, sí, pero sojuzgándolas, enciéndolas a su carro personal y haciéndolas tirar de él.

La historia se repite. Perdido, desvanecidose el sentido revolucionario que tenía el primer primero de mayo; no habiéndose podido filtrar este sentido revolucionario en el ánimo rutinario de las masas, resurge, las domina y encauza el sentido gubernamental de un partido que en lugar de revolucionar este gregarismo de la multitud, se amolda a él y lo explota.

Es un hecho contra el cual no valen lamentaciones. Pero es un hecho revelativo de que el socialismo, así entendido y practicado, no es tal socialismo.

Estas multitudes no van, las llevan. Fabio Garnier tiene razón:

«Si para toda reforma, para toda evolución, es necesaria una adaptación lenta, pero segura, no son las multitudes—multitudes, en el sentido socialista de la palabra—quienes pueden llevarlas a cabo, porque el hombre, cuando forma parte de un rebaño y confía en sus fuerzas, porque sus fuerzas son las de una mayoría, no es capaz de mantener siempre la tensión, la perseverancia, la firmeza en las resoluciones, cosas necesarias para evolucionar... Dada la condición actual del proletariado, como se llaman a sí mismas esas multitudes, el socialismo no está llamado a ser una bella realidad. Sería—si llega a imponerse—una clase de *parvenus* que desbaratará de lo lindo y que caerá fácilmente al empuje de minorías mejor preparadas para la lucha. Porque ninguna de las enfermedades sociales de que he hablado anteriormente, será eliminada cuando el socialismo—tal cual hoy se le ve practicado—llegue a predominar: el automatismo será más acentuado, no puede librarse de él sino quien tiene gran voluntad y no confía, para triunfar, en las energías de la colectividad; el optimismo enfermizo lo veremos resplandeciente en las cumbres del poder, así como lo vemos hoy que domina partidos de diversas tendencias; existirán siempre, como en la actualidad, y tal vez más aún, el centralismo— hoy el obrario no puede hacer algo de *motu proprio*

si no posee la aprobación de las Cámaras del Trabajo ó de las direcciones de las Ligas de Obreros correspondientes.—el deseo immoderado de reglamentación que obstaculiza el libre ejercicio de las voluntades, la ausencia de personalidad: lo que se hará atribuido al partido y lo que el partido hará lo atribuirá cada uno a sus propias energías; la pereza de las facultades creadoras, porque todos, careciendo de la concepción audaz y de la resolución franca que son necesarias para crear, esperarán en el gobierno como se espera hoy en el gobierno cuando se desea obtener alguna cosa... el socialismo se presenta en todas partes como una entidad política que mendiga el mendrugo que cae de la mesa del Estado y que aspira famélico a obtener un puesto en el banquete del poder...»— *Perfume de belleza*, p. 241 á 244.

Y tanto es así que este pseudo socialismo gregario y atávico, de pendón y música callejera, allí donde está capitaneado por los ambiciosos *arrivismes*, se resuelve todos los años en la consabida presentación a las autoridades locales, de aquellas pequeñas reivindicaciones que constituyen el *programa mínimo* de todo partido que, como dice Altamira, se organiza para la *posesión del poder*, y, consiguientemente, agotada toda idealidad verdaderamente revolucionaria y transformadora, surge el mendigo, el mendigo del rebaño, dispuesto a todas las resignaciones en cuanto ve enfrente suyo una minoría bastante fuerte y osada para negarle hasta el seco mendrugo.

Y contra este socialismo pedigrúeño y de rebaño, atávico hasta llegar al oriflama bullanguero, rutinario y de merienda anual, de charla ruidosa como la murga de feria que lo preside, la clase burguesa se siente bastante fuerte para oponerle, no ya una tímida y esperanzosa evasiva, sino un no tan rotundo y seco como puede hallar en la entraña de su egoísmo de clase el instinto conservador de este egoísmo.

Ved esta rotunda negativa en las siguientes y muy significativas palabras del poeta mallorquín, Gabriel Alomar, palabras que, aun referidas al primer primero de mayo, traducen el actual estado de ánimo de la burguesía:

«Por las Ramblas de Barcelona desfilaban los obreros. El burgués, vagamente, sabía que aquella manifestación excepcional respondía a un acuerdo del internacionalismo. Pero el burgués sintió pasar aquella hora como una exhibición *aparatosa y teatral del ejército enemigo*. Todos los tópicos de siempre con que se quiere disfrazar la verdadera razón del odio, espumeaban en boca de las *clases acomodadas*.—Ideas mal digeridas, exceso de libertad, pérdida del sentimiento religioso, utopía, sofisma, pasión anárquica... Observad que aún no se ha encontrado el burgués de noble cinismo que se atreva a decir: ¡No! el obrero, desde su punto de vista, tiene toda la razón! Pero nosotros tenemos que luchar contra él, porque de no hacerlo sería nuestro suicidio como casta! Luchamos por nuestro privilegio, como ha luchado siempre toda clase, jurisdicción, colectividad ó territorio que disfruten de formalismo, excepción ó privilegio. Es inútil dar razones filosóficas, sociales ó políticas, porque no las hay, á favor nuestro, y con ellas siempre seríamos vencidos. Tenemos que dar la razón suprema del egoísmo, del instinto de defensa propia, del sentimiento de conservación.»— *La Campana de Gracia*. Barcelona 30 abril 1910.

«¿Qué pueden, contra este egoísmo de clase y este instinto de conservación, todos los orillamas y todas las bandas de música con que aturde la poca mentalidad del rebaño este socialismo gubernamental que pretende llevarlo a la victoria cuando en realidad le hace mendigar todos los años á las puertas de los ministerios?»

Así encauzado este socialismo no puede darnos sino una serie ininterrumpida de Millerands y de John Burns, de Vivianis y de Briands, pero jamás la posesión común de las riquezas, jamás la conciencia individual, jamás la igualdad y la libertad. Con este socialismo de rebaño no iremos á ninguna parte. Hay un gran fondo de verdad en estas palabras anárquicas de Fabio Garnier:

«Para volver á la sociedad normal y sana, para sustituir el desorden actual por un régimen de solidaridad, es preciso hacer un poco de *individualismo*. La reorganización social no se debe comenzar por la parte más alta, por el gobierno; eso sería contraproducente; es preciso iniciarla en el elemento de la colectividad, el individuo... Si el socialista llega á ser lo que hoy no es—hablo de la mayoría, naturalmente, hay muy nobles excepciones,—es decir, si llega á ser un hombre sano, vigoroso, normal, que ha estudiado y leído mucho, que ha desentrañado el mecanismo de las acciones humanas y que ha llegado á conocer los remedios que corresponden á los males de que sufrimos, entonces todo cambiará, y cambiará radicalmente, mejorando de un modo decisivo la existencia colectiva. Pero para llegar á ese alto grado de perfección falta mucho, muchísimo. No hay que ver el socialismo á través de hombres que son excepciones por la bondad y por la nobleza de sus ideales, hay que estudiar el partido considerando la mayoría que lo compone. Y haciendo esta consideración se puede afirmar que está lejos, muy lejos del camino que debía seguir para llegar á ser lo que pretende ser.»

Jamás tendrán los condicinos del poder este amplio sentido revolucionario, único que podría transformar las multitudes—rebaño en una colectividad de individualidades conscientes. Les falta,

para ser *educadores*, el tiempo que pierden en querer ser *conductores* de multitudes. Toda la equivocación de los prohombres del socialismo oficial está aquí. No son de la madera de los pedagogos, sino de aquella conque se fabrican los ministros. Y por esto dije antes que la historia se repite. Y por esto el egoísmo y el sentimiento de conservación de la burguesía triunfan sobre el vago y caótico deseo de renovación social de las multitudes obreras mal encauzadas, extraviadas por el ondo de los oriflamos y aturridas por el ruido de las músicas.

Un socialismo de opereta que hace sonreír a los socialistas-anarquistas y regocija a la burguesía que lo aplaude.

JOSÉ PRAT

A Juan Trabaja

Querido compañero y eterno explotado: Ahora que ya han pasado las elecciones y que probablemente has dado tu voto á uno de esos candidatos que se pasan la vida viviendo á tu costa, pues te explotan en todos los sentidos, uno de esos *vivos* que se ponen afónicos hablándote de libertad y de justicia, voy á decirte algunas palabras que no por muy repetidas dejan de tener actualidad.

Ya sabes, inocente y sufrido Juan Trabaja, que los políticos de todas clases, desde el más reaccionario al más radical, cuando se tercia ó les conviene, dicen al pueblo que es libre, que tiene derecho á gozar de todas las libertades que le dé la gana y á manifestar sus ideas libremente. Sobre todo en época de elecciones, es cuando más hablan los políticos de estas cosas. Además, para que tú y otros infelices como tú no creáis que los políticos os engañan á este propósito de la libertad, los *interesados* han hecho unas leyes y unos códigos en los que se establecen y reconocen todas las libertades que vosotros podéis utilizar.

Así, pues; ya sabes que en virtud de tales leyes y reglamentos eres libre de hacer cuanto quieras, siempre que tu conducta se ajuste á lo que te mandan hacer los políticos por conducto de sus autoridades ó tribunales.

Eres libre, Juan Trabaja, de asociarte con tus compañeros para los fines que quieras, con la sola limitación de que los políticos, por medio de la ley y de la policía pueden *dissolver*, cuando y por lo que les dé la gana, vuestras reuniones. También tienes derecho á manifestarte siempre que lo desees y por el motivo que estimes conveniente. Esta libertad tuya no será limitada tampoco más que cuando se le antoje al gobierno (reunión de políticos dignísimos), que tendrán á bien, por el menor motivo, el fusilarte en la calle.

Ya sabes, querido Juan, que la monarquía (esto te lo han dicho infinidad de veces los republicanos y socialistas en sus discursos de propaganda) es la base de todas las desdichas y de todas las miserias que padece la humanidad. Efectivamente: nada más cierto.

Con la monarquía eres explotado, vejado constantemente, atropellado por todo el mundo, no tienes libertad para hacer nada y nadie te escucha cuando te quejas. Con la república, por el contrario, serás libre en absoluto de dejarte explotar un poco más que ahora ó de morirte de hambre. Tendrás derecho á protestar siempre que te dé la gana de los actos de explotación y de oprobio de que puedan hacerte objeto tus gobernantes, á cambio nada más de que te envíen á presidio por molesto ó te fusilen en la calle como á los obreros de Lyon los mandó fusilar el radical Clemenceau, antiguo *anarquista*, como sabes.

Si tú eres socialista y un día te da por celebrar la fiesta del trabajo (aun cuando sepas que eso es una ridiculez, porque no ha triunfado el trabajo), tendrás perfecto derecho á reunirte en manifestación bullanguera sin otra exposición que tu ministro de la Gobernación, uno de esos radicales ó socialistas que ya conoces, ordenará á tus compañeros ó hermanos, los soldados, que te peguen cuatro tiros á mansalva, porque molestas.

Cuando gracias á tus votos ó á tu sangre sean poder los republicanos ó los socialistas, vivirás en el mejor de los mundos. Serás completamente libre. Únicamente para relevarte de cuidados, ellos regularán tu trabajo, te señalarán precio por el mismo, te limitarán algún derecho que otro, no te obligarán á hacer más que lo que ellos quieran en todos los órdenes de la vida, pero por lo demás serás todo lo que se llama un ciudadano libre. Hasta es muy posible que si eres un buen hombre, trabajas como un burro hasta que cches el hígado por la boca y ya no sirvas para nada, si has sido siempre obediente y no te rebelaste nunca por nada ni por nadie, casi puedes tener seguro que te señalarán una pensión de sesenta céntimos diarios ó te permitirán que ingreses en un asilo oficial para que te mueras de asco.

Yo me permito aconsejarte, querido Juan Trabaja, en atención á lo que te dejo dicho y á otra infinidad de cosas que no tengo espacio para exponerte, pero que te aseguro no son menos ciertas y agradables que las relatadas, te conviene de una manera extraordinaria el procurar derribar la monarquía ó instaurar la república, porque de ese modo... serás libre de dejarte ahogar por los republicanos como ahora eres libre de dejarte morir de hambre con la monarquía.

Hasta la próxima que te pondré más al corriente de tus libertades y derechos.

EUSEBIO AYO Y GARCÍA